

IX Encuentro Menonita Español

Barcelona, 5-8 diciembre — Este IX Encuentro Menonita Español se celebró en La Conreria, un centro de retiros situado a 18 Km. de Barcelona. Asistieron por primera vez miembros de la Iglesia Amor Viviente (Barcelona) y de la de San Sebastián de los Reyes —ambas de reciente adhesión a la Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España (AMyHCE). También hubo representación de la Iglesia Menonita de Barcelona, las dos iglesias de Hermanos en Cristo (Madrid-Lucero y Hoyo de Manzanares) y la Iglesia Menonita de Burgos.

Echamos a faltar a los hermanos y hermanas de Vigo y Málaga, así como Plácido y su familia (Novelda) y Dionisio y Connie (Burgos) por motivos familiares; durante el Congreso los tuvimos presentes en nuestras oraciones.

Desde Barcelona valoramos muy positivo el tema central del Congreso —Espiritualidad para el siglo XXI— abordado en diferentes momentos de coloquio en grupos pequeños y desglosado en: «Espiritualidad en el siglo I», por Agustín Melguizo, de Burgos; «Espiritualidad en el siglo XVI», por Antonio González, de Hoyo de Manzanares; y «Espiritualidad en el siglo XXI», por Julián Mellado, de San Sebastián de los Reyes. El tema venía sugerido por la aparición no hace mucho, de un libro de Juan Driver, titulado *Convivencia radical: Espiritualidad para el siglo 21*.

Durante el Congreso tuvimos oportunidad de escuchar el testimonio de las diferentes iglesias, así como el poder orar por cada una de ellas.

Como siempre el festival nocturno estuvo organizado magistralmente por Merly y nos permitió disfrutar de los talentos creativos de cada comunidad. ¡Y por supuesto reírnos mucho!

[Reportaje basado en apuntes enviados por J.Mª Sánchez (Barcelona). Fotos por J. Mª Sánchez, Daniel Costas y Agustín Melguizo.]



Arriba: cánticos y alabanzas.

Medio: Grupos de coloquio sobre los temas del EME.

Abajo: Celebración de la Comunión.

También en este número:

Un congreso abierto a todos	2
Con la mente centrada en Cristo	4
Una iglesia fugaz	6
El libro de	8



Músicos de:

- Barcelona Amor Viviente
- Barcelona Iglesia Menonita
- Burgos Comunidad Menonita



Un congreso abierto a todos

Este otoño Connie y yo vivimos en un apartamento en el campus de uno de los seminarios menonitas de EE. UU. y tuvimos oportunidad de estar presentes en varios eventos y foros que se celebraban allí. Hubo una semana dedicada al 300 aniversario de la Iglesia de los Hermanos que nació del pietismo alemán en el siglo XVIII, con fuertes influencias del movimiento anabaptista del siglo XVI. Esa semana alguien comentó algo que le llamó la atención respecto a los menonitas (y Hermanos en Cristo).

A nuestro congreso mundial, todo el mundo puede venir.

Esta hermana era universitaria en el año 1978 y algunas de sus amigas menonitas decidieron asistir al Congreso Mundial Menonita (CMM) que se celebraba en Kansas ese verano.

Ella se apuntó y hoy 30 años después, sigue pareciéndole asombrosa esa dinámica de apertura a todos.

—Aparecimos allí los estudiantes que cabíamos en el coche —recordó—. De inmediato nos vimos envueltos en esa multitud de miles de personas, desde niños hasta ancianos, hombres pero también mujeres, pastores y líderes pero también cualquiera que, como nosotros, se le había ocurrido asistir. Esperábamos en las mismas colas que el Presidente del congreso o el pastor de cualquiera iglesia de 500 miembros. Me codeaba con ellos, charlando de igual a igual mientras avanzábamos hacia el comedor o para entrar al salón de las plenarias. Pude conocer así a pastores y otra gente de Hong Kong, el Congo o Brasil, tratando de entender su mal inglés

o atreviéndome con mi mal español.

—Y me decía: «A los sínodos mundiales de los presbiterianos o luteranos va el clero y tal vez algunos otros con responsabilidades importantes en la denominación. A los cónclaves mundiales del Vaticano sólo se llega siendo obispo o cardenal. Pero para los menonitas, su Congreso Mundial es una festividad multitudinaria para “la iglesia”, es decir, para todos los miembros que quieran y tengan medios para asistir».

Cuando estos congresos se celebran en países del «tercer mundo», pueden suponer un reto importante para las infraestructuras. Recuerdo que en 2003 en Bulawayo, Zimbabwe, el país apechugaba con una inflación de miedo. Uno entregaba un billete de 10 € y te daban un fajo de dos cen-

tímetros, de billetes de 10.000 “dólares” —o algo por el estilo. Ante la enormidad de la afluencia de otros países, cada mañana traían por avión un enorme arcón de dinero que acababan de imprimir en la capital, Harare, exclusivamente para el cambio de divisas propio de los asistentes al Congreso. Y al cabo de dos o tres horas el arcón estaba vacío y ya no había cambio de divisas hasta el día siguiente. ¡No había dinero en toda la ciudad —de un millón de habitantes— para abastecer las necesidades de tanto extranjero!

Asunción del Paraguay 2009

Este año, por primera vez, el Congreso Mundial Menonita (CMM) se celebra en un país de habla española (calidad de lengua oficial que comparte con el guaraní). Los CMM se celebran en rotación entre los cinco continentes del mundo. Esto significa que difícilmente vuelva a tocar en Sudamérica antes de 2039 (la primera vez que llegó a ese continente fue Brasil, 1974). Por lo que toca de facilidad de entenderse con la gente del lugar, en-

tonces, el CMM de este año resulta muy singular para los menonitas y Hermanos en Cristo españoles.

Yo he asistido a tres de estos congresos (Brasil 1974, EE.UU. 1978 y Zimbabwe 2003). En todos he salido con una visión renovada de la bendición que viene de pertenecer a una familia donde tenemos hermanas y hermanos en todos los rincones de la tierra. Esforzarme por cantar himnos y coritos en lenguas imposibles de pronunciar y con ritmos muy diferentes a los europeos, escuchar el estímulo de sermones y estudios bíblicos con la extraña perspectiva de la vida que aporta alguien de Indonesia o Etiopía... no tiene precio. Sentir como una verdad impepinable que cualquiera de estos hermanos y sus familias me recibirían en su casa —como parte de su familia— si algún día me encontrase en Vietnam o Ucrania o Bolivia es ampliar horizontes, conocer en carne propia la diversidad y profundidad de nuestra comunión. Cada vez que he asistido, la experiencia ha sido transformadora y me ha llenado de ilusión y energías para seguir luchan-

do por «ser iglesia» allí donde Dios me ha puesto.

En la web del CMM (<http://www.mwc-cmm.org/es>) hay información actualizada de todo tipo, además de los formularios de inscripción en formato para imprimir y mandar en papel, así como formato digital para enviar por correo electrónico. Es digno de notar que paralelamente con el CMM, existe una Cumbre Mundial de la Juventud, que por sus características puede ser especialmente interesante para algunos.

De la reunión anual de pastores y misioneros y demás líderes de nuestras iglesias en España que se celebrará en enero, seguramente saldrá designada la persona que haga de delegado/a de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España) al CMM. Quizá salga también designada una persona que pueda hacer de coordinadora para los que piensan asistir desde España, por si fuera posible adquirir billetes con descuento de grupo.

—D.B.

Se establecen los oradores y el programa para la Asamblea Reunida, Paraguay 2009

Estrasburgo (Francia), 9 diciembre.

Los presidentes saliente y entrante del Congreso Mundial Menonita hablarán en sendos cultos vespertinos de la Asamblea Reunida 2009, en Asunción del Paraguay. Nancy Heisey, presidenta, será quien hable en la celebración inaugural el día 14 de julio; Danisa Ndlovu, presidente electo, lo hará el día 18. Los eventos de la Asamblea Reunida, los días 14-18 de julio, se celebrarán en el Centro Familiar de Adoración.

La Asamblea Reunida concluirá el domingo por la mañana, 19 de julio, con un acto multitudinario a cielo descubierto. El Concilio Coordinador Nacional, compuesto de representantes de las iglesias miembro del CMM en Paraguay, está preparando para ese acto un culto con el tema: «En el camino juntos, la primera parada es... ¡Asunción!» Alfred Neufeld, un teólogo, autor, profesor y pastor paraguayo, predicará.

Heisey hablará sobre el tema general de la Asamblea XV: «Sigamos juntos el camino de Jesucristo», basado en el texto bíblico para la asamblea, Filipenses 2,1-11. Ndlovu volverá a abordar ese mismo texto para su predicación del sábado.

Cada día habrá un estudio bíblico por la mañana y un culto de adoración por la tarde, con personas de diferentes países que tendrán la palabra:

El miércoles por la mañana hablará Elfriede Verón, de Paraguay, sobre Filipenses 2,1-11; y por la tarde Nzuzi Mukawa, del Congo, sobre Miqueas 6,1-8 —ambos sobre el subtema: «El camino de Jesucristo».

El jueves por la mañana hablará **Antonio González, de España**, sobre Juan 17,16-26; y por la tarde Ditrich Pana, de Paraguay, sobre Hechos 2,46-47 —ambos sobre el subtema: «Unidos en Cristo».

El viernes por la mañana hablará Jenny Neme, de Colombia, sobre Isaías

as 58,1-10; y por la tarde Elizabeth Soto, de Puerto Rico y EE.UU., sobre Marcos 10,35-45 —ambas sobre el subtema: «Servir como Cristo».

El sábado por la mañana hablará Chris Marshall, de Nueva Zelanda, sobre Efesios 4,1-6; y por la tarde Danisa Ndlovu, de Zimbabwe, sobre Filipenses 2,1-11 —ambos sobre el subtema: «Seguid juntos el camino de Jesucristo».

Según Ray Brubacher, coordinador internacional para la Asamblea XV, se sigue avanzando con los planes para numerosos talleres, seminarios, eventos musicales, exposiciones, reuniones y demás actos especiales, que son característicos de estos inmensos festivales de encuentro entre creyentes de todo el mundo.

[Comunicado de prensa CMM, traducido y adaptado.]

Con la mente centrada en Cristo

por Betsy Headrick McCrae

Desde junio vengo participando en un grupo de apoyo para personas que viven con depresión o trastorno bipolar, que se reúne en nuestra iglesia cada quince días. Reunirme con este grupo me ha ayudado. He aprendido mucho.

Una de las cosas que he aprendido es que el cerebro y la mente no son necesariamente la misma cosa. La enfermedad mental es un mal funcionamiento del cerebro. Esto suele suceder por un desequilibrio químico, que afecta gravemente los pensamientos y sentimientos. Pero eso no quiere decir que uno es demente, que ha perdido el juicio. De hecho, parece ser que hacerse cargo de la mente, emplear nuestra capacidad para pensar activamente aunque nos cueste un esfuerzo enorme, es fundamental —junto con las medicaciones y la terapia— para poder mantener a raya los efectos debilitantes de la enfermedad.

Uno de los síntomas de la depresión y del trastorno bipolar, es los pensamientos negativos. Estas enfermedades muchas veces hacen que sea difícil ver nada de una forma positiva ni realista. Generan un desorden cognitivo, que es lo que pasa cuando lo que la persona piensa sólo es cierto a medias o no es cierto en absoluto. Sin embargo los pensamientos están ahí. Vienen automáticamente. Y conducen a sentimientos de tristeza o falta de esperanza antes que la persona pueda darse cuenta de lo que le está pasando. Una vez que empiezan, la persona cae en una espiral hacia la desesperanza.

¿Qué se puede hacer respecto a los pensamientos negativos? No es posible sencillamente «pensar pensamientos positivos» y vencer así el trastorno. Pero quien sufre esta enfermedad sí puede aprender a identificar pensamientos negativos, entender que eso es lo que son y contrastarlos con ideas más realistas. Haciendo eso es posible frenar la espiral y eludir así los sentimientos que esos pensamientos generan. Aprender esta manera nueva de pensar puede cambiarte la vida.



Foto: «Depression», por band of the lake en flickr.com

En Romanos, Pablo apela a los creyentes en la iglesia de Roma a adoptar una manera nueva de pensar. «No os conforméis a este mundo — escribe—, sino transformaos por medio de la renovación de la mente, para discernir la voluntad de Dios, que es lo bueno y agradable y perfecto» (12,2). Eso suena como consejos para evitar los pensamientos negativos: «No dejes que el desequilibrio químico en tu cerebro te dicte cómo te sientes y actúas. Piensa, al contrario, pensamientos nuevos para que puedas actuar de maneras buenas y saludables; y recuerda que Dios te acepta y te ve como bueno, aunque no seas perfecto».

Esto me ayuda a entender lo que Pablo pretendía conseguir. Como un desequilibrio químico en el cerebro, el sistema de valores del mundo donde vivimos nos manda señales muy po-

tentes. Estas señales nos bombardean desde todas partes y generan efectos inmediatos: Lo que tienes te define. Necesitas tener más cosas. La felicidad se puede comprar. Lo importante es vivir sensaciones nuevas. Hay que desconfiar de la gente. La vida es peligrosa. La violencia es necesaria para defenderse. Y así, interminablemente. Un mensaje tras otro, sin fin, a la carrera, alto y con imágenes seductoras... todo ello nos va arrastrando más y más en una espiral hacia el egoísmo y la soledad, la codicia y desesperación, de donde no somos capaces de escapar.

Hace falta un esfuerzo inmenso para combatir estos mensajes que vienen de nuestro mundo. Hay que esforzarse para poder romper estos moldes antes de que den forma a cómo nos vemos a nosotros mismos. El esfuerzo que exige no es del todo diferente que

el que tienen que realizar las personas que viven con depresión o trastorno bipolar para vivir con una cierta medida de equilibrio. Si de verdad queremos seguir a Jesús, vamos a tener que elegir pensar de otra manera diferente. Vamos a tener que centrar la mente en Cristo y esforzarnos por pensar pensamientos nuevos hasta que estos pensamientos centrados en Cristo por fin definan quién somos.

Pablo da ejemplos prácticos de lo que supone pensar de esta manera nueva y diferente. «Que el amor sea sin fingimiento; aborreced lo malo y seguid lo bueno» (12,9). «Gozaos en la esperanza, sed constantes en el sufrimiento, dedicaos a la oración. Compartid las necesidades de los hermanos, practicad la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis. Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran» (12,12-16).

Estas son acciones prácticas, desde luego, pero son también contraculturales. Van a contracorriente de la sociedad. Para que lleguen a definir quién somos y qué hacemos, habrá que dedicarles bastante pensamiento con toda la intención de conseguirlo; habrá que disciplinar mucho los pensamientos, para centrarlos siempre en Cristo. Según Pablo, esto es esencial para la vida cristiana.

Los que viven con depresión o trastorno bipolar saben muy bien la cantidad de esfuerzo y compromiso que exige resistirse al arrastre de la espiral que los lleva a hundirse en pensamientos negativos. Han aprendido que para conseguirlo, hace falta practicarlos mucho. También han aprendido que no hay que esperar conseguirlo todo en un instante. Hace falta fijarse unas metas alcanzables. Los que queremos pensar pensamientos nuevos, centrados en Cristo en medio del arrastre del sistema de valores del mundo, podemos aplicarnos estas lecciones también. Nosotros también podemos fijarnos metas que nos ayuden a transformar nuestra mente.

Que sea sencillo. ¿Qué es lo que queremos conseguir? Queremos seguir a Jesucristo.

Tomarlo por partes. Amar sin fingimiento. Honrar al prójimo. Usar nuestros dones para el bien de la comunidad. Escuchar y participar de las alegrías e inquietudes de los demás. Tener paciencia cuando encontramos dificultades. Orar. Dar generosamente nuestro tiempo y dinero. Recibir a los desconocidos con amabilidad. No maldecir a los enemigos —al contrario, bendecirlos. Alegrarse y regocijarse.

Hay que elegir por dónde empezar. ¿Qué hay en tu vida donde sientes que hay una desconexión entre los que dices creer y lo que haces? ¿Te impacientas con tus compañeros de trabajo? ¿Evitas encontrarte con personas que lo están pasando mal o necesitan tu apoyo? ¿Te sientes frustrado por las muchas cosas que te exigen tiempo o dinero? ¿Tienes miedo de que tal vez no te vaya a llegar? ¿Guardas rencor contra alguien que te ha hecho un desprecio? ¿Ya no te importa lo que otros estén sufriendo? ¿Te sientes incapaz de orar? Elige una cosa. Empieza con esa.

Poner el plan en acción. Busca apartar tiempo para centrar tu mente en Jesús. Procura ver la situación con ojos iluminados por la fe. ¿Adónde me siento arrastrar? ¿De verdad quiero ir ahí? ¿Y si actuara de otra manera diferente? ¿Puedo actuar de otra manera diferente? Sí. Puedo elegir. En esta situación elijo escuchar en lugar de ignorar. Puedo elegir abandonar mi enfado. Puedo elegir confiar en lugar de desconfiar. Puedo hacer esta una cosa a la vez, porque sé que este es el camino de Jesús, a quien yo sigo. Puedo pensar un pensamiento nuevo, un pensamiento centrado en Cristo... y mis acciones seguirán por donde mis pensamientos las dirigen.

Evaluar y hacer ajustes. Las cosas no siempre salen como quisiéramos. Aun con la mejor de las intenciones, a veces fracasaremos —rotundamente. Y la única manera de avanzar es esperar, dejarse sanar y pedir ayuda. A veces a la persona que vive con depresión o trastorno bipolar le resulta imposible funcionar adecuadamente. Incluso tomando religiosamente su medicación, asistiendo a las sesiones de terapia regularmente y

trabajando activamente para reestructurar los pensamientos negativos que le invaden, le sobrevendrá una crisis. En ese momento la persona puede volverse activamente psicótica o suicida, incapacitada para hacer hasta las tareas más sencillas. Para ayudarle a conseguir un mínimo de estabilidad, ese individuo va a necesitar mucho apoyo y mucha comprensión de las personas que le rodean.

Esto también es cierto en nuestro caminar con Dios. Hay tiempos cuando todo parece desquiciarse. Perdemos perspectiva. Nos vemos incapaces de reaccionar. Y la única cosa que podemos hacer, desde el fondo del pozo donde nos hallamos hundidos, es clamar a Dios. En nuestra falta de recursos nos confiamos a la misericordia de Aquel que nos ama más que lo que jamás podamos imaginar ni comprender. Y esperamos, nos dejamos sanar y volvemos a empezar.

«No os conforméis a este mundo —escribe—, sino transformaos por medio de la renovación de la mente, para discernir la voluntad de Dios, que es lo bueno y agradable y perfecto». Siempre que leas esas palabras, piensa en las personas entre nosotros que están apechugando como pueden con la vida a pesar de sufrir depresión o trastorno bipolar. Recuerda, entonces, que los mensajes que ves y escuchas no son siempre lo que es real ni lo que debiera ser. Aprende a detenerte y pensar. Emplea tu mente además del corazón. Mira a Jesús, tu guía. Atrévete a pensar pensamientos nuevos, centrados en Cristo. Deja que tu mente sea transformada... y tus acciones seguirán ese camino nuevo.

[Traducido por D.B. para *El Mensajero*, de *The Mennonite* 2 dic. 2008, pp. 12-13.]

Una iglesia fugaz

por Isaac Villegas

Paredes blancas, sin adornos. El suelo frío y limpio. Un leve aroma a desinfectante en el aire. Torcí a la derecha y enfilé por el corredor hacia la habitación de Cameron, en la unidad de infartos cerebrales del hospital. Para mi sorpresa y alegría, vi a Tom esperando en el pasillo mientras en la habitación una enfermera atendía a Cameron. No sé por qué me sorprendió que alguien de la iglesia le visitara.

Después de esperar en el pasillo unos minutos, entramos Tom y yo. Y en ese lugar tan esterilizado, «sucedió» la iglesia. Aunque el infarto cerebral de Cameron le impediría asistir a nuestra reunión el domingo, la iglesia se había presentado en su habitación en el hospital. Después de nuestros saludos iniciales, le dije medio en broma: «Bueno, quizá deba sacar la Biblia y predicarte un sermón, ya que esto empieza a parecer una reunión de iglesia».

Siempre que visitaba a Cameron durante las semanas siguientes, me encontré que la iglesia ya estaba allí. Una vez parece ser que llegué tarde porque al entrar, me encontré a Jaso y su amigo reunidos junto a la cama de Cameron —uno tocaba el violín, el otro la guitarra. Seguramente en el orden del culto ese día tocaba que hubiera un número de música especial. Desde luego, a juzgar por la cara que ponía Cameron, la música real-

mente era especial.

Así tropecé con «la iglesia fugaz». Eso es lo que Peter Dula, un teólogo menonita en Eastern Mennonite University, de Harrisonburg, USA, la llama en su libro *Beautiful Enemies*. «La iglesia fugaz viene a ser lo que sucede —escribe Dula—, en esa intimidad momentánea entre dos o tres». Aunque muchos teólogos y líderes de la iglesia alaban las virtudes de la comunidad, Dula se pregunta acerca del «espacio que existe entre el individuo y la comunidad». Le preocupa que hayamos olvidado la obra espontánea de comunión entre dos o tres y la presencia de Cristo que tenemos prometida en esas circunstancias. En lugar de esperar que los programas de la iglesia generen una comunidad vital, aprendemos a pasar tiempo entre dos o tres allí donde se nos presente la comunión —como, por ejemplo, en la habitación de un hospital. La iglesia fugaz escapa cualquiera premeditación, cálculo o programación.

A veces «la iglesia» acontece inesperadamente. Aparece Cristo, acompañado de gente inesperada en momentos sorprendidos. Y la comunión que vivimos en esos momentos, es la comunión de la iglesia fugaz. Como lo expresó Jesús: «Porque allí donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo con ellos» (Mateo 18,20).

Nuestra comunión en el Espíritu de Cristo no es una posesión, no es algo

que podemos hacer que suceda si cambiamos de pastor o adoptamos un programa de actividades nuevas. Los discípulos no somos magos que podamos, con un toque de varita mágica o con encantamientos, hacer que se nos derrame el Espíritu para crear comunión. Al contrario, es Cristo quien nos invita con su presencia y nosotros aparecemos como por invocación en medio de una gracia sobrecogedora del Espíritu Santo —que llega acompañado, para provocar esa comunión entre dos o tres.

El Jesús resucitado se les apareció en la forma de un desconocido a dos discípulos que iban camino de Emaús (Lucas 24). Los discípulos aceptaron amistosamente al desconocido como compañero en el camino. Había honda preocupación en sus mentes y sus piernas estaban cansadas al cabo de una caminata larga, pero los discípulos seguían charlando con el desconocido y lo invitaron a cenar. Inesperadamente, sus corazones empezaron a arder. Allí alrededor de la mesa, se sintieron invadidos de un amor divino. Pero en el instante de reconocerlo y ponerle nombre, ya había desaparecido —Jesús desapareció. El amor que sentían era auténtico. Era una comunión real. Pero fue fugaz. Desapareció así como había aparecido.

Siempre que iba a ver a Cameron en el hospital, me contaba quién se había pasado por ahí ese día. Mi corazón se alegraba al observar que la lista de los que le visitaban cuadraba bastante con la lista de los miembros de la comunidad. Esta es la «asistencia a las reuniones» que de verdad importa. Fueron muchos los que asistieron a esos instantes de iglesia fugaz. Pero normalmente este tipo de comunión pasa inadvertida entre nosotros. Ni siquiera caemos en la cuenta de lo que hemos experimentado. Al fin y al cabo es fugaz, ¿no?

¿Quién se atrevería a predecir cuándo volverá a sucedernos?

[Traducido por D.B. con permiso para *El Mensajero*, de *The Mennonite*, 18 sept. 2008, p. 2.]

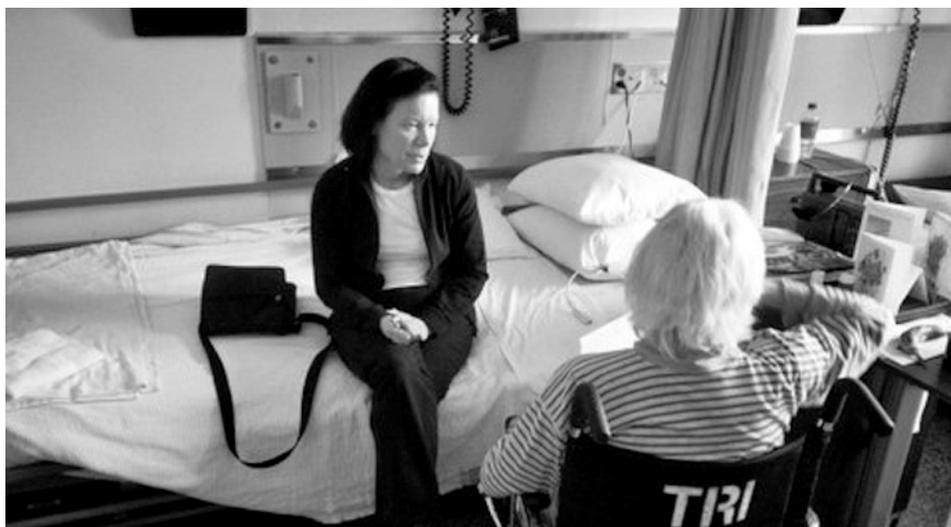


Foto: por forfithbas, en flickr.com

En memoria de Jack

[Palabras de Dionisio Byler en el funeral de su nieto, 7 diciembre 2008.]

Siempre he dicho que nadie debería enterrar a sus hijos. Que es antinatural, que no es esa la ley de la vida. Que son los hijos los que deben enterrar a los padres.

Hoy me doy cuenta que eso no es del todo cierto. En realidad, Dios creó el mundo para que nadie tuviera que enterrar a nadie. Pero la humanidad no quisimos aceptar el mundo como Dios lo creó. Y queriendo mejorar lo que ya era inmejorable, dejamos entrar la muerte a nuestra experiencia de la vida.

Y desde entonces, durante los largos milenios de la existencia humana, nuestro Padre, Dios, nos va enterrando uno a uno en esta tierra de la que nos creó con la ilusión de que nunca volviéramos a ella. Y cada vez que un corazón afligido llora la ausencia de un ser amado —de un ser querido y deseado, como Jack era querido y deseado— nuestras almas acongojadas resuenan con el eco del goteo de las lágrimas de Dios por cada uno de nosotros.

No, no es más natural que los hijos sobrevivan a sus padres, que el que los padres sobrevivan a sus hijos. Ninguna de las dos cosas es natural en el sentido de que ninguna fue nunca el plan de Dios para la humanidad. Por eso Dios nunca ha querido conformarse con la muerte de nadie y nosotros tampoco debemos aceptarla como natural.

Hemos sido creados para la vida. Jack fue creado para la vida.

Tal vez os sorprenda y escandalice, pero yo no sé nada del cielo; sólo conozco esta tierra y la vida de esta tierra. Y observo que la esperanza cristiana no se centra en una existencia incorpórea en algún paraíso lejano, sino en la resurrección de los muertos a la vida. Como el despertar de una pesadilla, estos restos mortales un día cobrarán vida. Los restos mortales de Jack y los míos y los de cada uno de nosotros. Jesús es las primicias de

una nueva forma de existencia humana, el segundo y más grande Adán. Jesús penetró más allá de la muerte y la traspasó. Rescató de su silencio eterno las almas humanas y nos promete que un día nosotros le seguiremos. Como él, nuestra alma, espíritu y cuerpo también volverán a unirse en un mismo ser viviente y palpitante, un ser material a la vez que espiritual, que deambulará por una tierra nueva y que contemplará con ojos maravillados un cielo nuevo. Como Jesús resucitado, seguramente llevaremos todavía las cicatrices de nuestro primer vivir, pero conoceremos también la inmensa paz de saber que todo llanto ha sido consolado, toda lágrima ha sido enjugada por el tierno dedo maternal de nuestro Creador.

Yo y éste mi nieto al que nunca tuve en brazos mientras vivía, un día sentiremos el roce de nuestras mejillas uno contra el otro, estrechándonos en un abrazo. Y ambos sabremos, en ese momento, que *Mamá* Dios siempre nos ha tenido fundidos en su abrazo rico y fértil, donde se encuentran eternamente la vida y el vivir.

Y las últimas palabras de nuestro amigo Jesús —el hijo de María— cuando él moría, serán también sus palabras de bienvenida:

—¡Consumado es! ¡Consumado es! ¡Alegraos, regocijaos, cantad alabanzas y aleluyas! ¡Consumado es! ¡Bienvenidos a la vida! ¡A vivir!



Los libros de la Biblia

Tito y Filemón

Mucho de lo que ya hemos apuntado sobre 1 y 2 Timoteo, podría decirse también sobre las cartas a Tito y a Filemón.

Allí proponíamos la idea de que tal vez la creciente marginación de la mujer en ese momento histórico se debió a que la Iglesia cristiana tuvo que hacer frente a retos nuevos planteados por la realidad de estarse transformando en una institución permanente en medio de una historia humana que continúa indefinidamente. Quizá, sugeríamos, ese cambio se debió al *impulso misionero*, el deseo de promover el cristianismo como alternativa religiosa viable en medio del mundo imperial romano.

Algo parecido podríamos decir con respecto a la cuestión de la esclavitud, un tema que figura en la carta a Tito y es principal en la carta a Filemón. Sugeríamos que hoy día, cuando la sociedad en que vivimos tiene desarrollada otra sensibilidad muy diferente acerca del lugar que ocupa la mujer en la sociedad, tal vez nos toca adoptar otra estrategia diferente, precisamente porque nos mueve el mismo *impulso misionero* que entonces. Esto es, en efecto, lo que hizo la Iglesia durante el siglo XIX en todo el mundo con respecto a la esclavitud. Cuando —gracias a los nuevos aires de libertad individual y atención a los derechos humanos que promovió el secularismo humanista de la Ilustración— la sociedad humana se vio preparada para caer en la cuenta de lo terriblemente cruel que es la esclavitud como institución, la Iglesia reconoció que su estrategia inicial de silencio ante esa crueldad iba a tener que cambiar. La Iglesia iba a tener que situarse a la cabeza de quienes denuncian la inhumanidad de la esclavitud.

De hecho, al adoptar esta nueva actitud de denuncia, la Iglesia acabó por recuperar una parte importante del testimonio de ambos Testamentos de la Biblia, empezando con la liberación de los esclavos que relata el libro de Éxodo y culminando con la proclama-

ción de una nueva realidad social revolucionaria —el Reino de Dios— que predicó Jesús.

¿Qué hacer, entonces, con las cartas a Tito y a Filemón?

El extenso pasaje —la mitad de la carta— de Tito 2,1-3,8 tiene un carácter francamente conservador, que inequívocamente sostiene los intereses de los mayores, de los varones, de los amos y de los gobernantes. Esto no debiera impedirnos observar que los valores que se exaltan aquí son todos valores propios de gente oprimida y marginada. Es difícil imaginar cómo un amo o un noble iba a poder hacer suyas estas actitudes de sumisión, humildad, mansedumbre y renuncia a todo derecho personal. Impulsando que los cristianos sean así, en el fondo se hace evidente que por eso mismo los que persisten en sus derechos como amos y nobles, difícilmente serán jamás cristianos de verdad.

Leyendo entre líneas así, también es posible recuperar la carta a Filemón como instrucción apostólica para el trato justo entre las personas.

Superficialmente, la carta a Filemón parece que sólo tiene el propósito de asegurar un trato benevolente para un esclavo que se había fugado. Pablo reconoce en todo momento el derecho que tiene Filemón a poseer a otra persona y disponer plenamente del cuerpo de esa persona para los fines y la utilidad que le parezcan oportunos en cuanto amo. Con esta carta en mano, Onésimo —obligado a ello por Pablo— tendrá que volver a presentarse ante el amo del que se había fugado, con la esperanza de hallar clemencia.

Así es como se leyó casi siempre —durante los largos siglos de la historia cristiana— la carta a Filemón.

Pero si leemos con atención al detalle, descubrimos que esta carta admite otra lectura, mucho más libertadora. Porque aquí Pablo no pide a Filemón que en lugar de crucificar a Onésimo —lo cual habría sido natural

y entraba dentro de su derecho— se limitara a mandarlo azotar en una plaza pública. No, en la persona de Onésimo, Pablo invita a Filemón a recibir no al esclavo que se le había fugado, sino a una persona nueva. Una persona cuyo cuerpo ya no le pertenece porque es su hermano. Un hombre nacido recientemente, «engendrado» por Pablo mismo, por tanto un «hijo» de Pablo. Y aunque esa relación filial entre Pablo y Onésimo es claramente figurada y espiritual, la relación cordial y fraternal que Pablo en todo momento destaca entre sí y Filemón, deberá obligar a Filemón a tratar a Onésimo como si fuera un hijo de la carne de Pablo, y un hermano carnal suyo, de Filemón.

Y esto, en el fondo, viene a suponer el abandono de todos sus derechos de amo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org